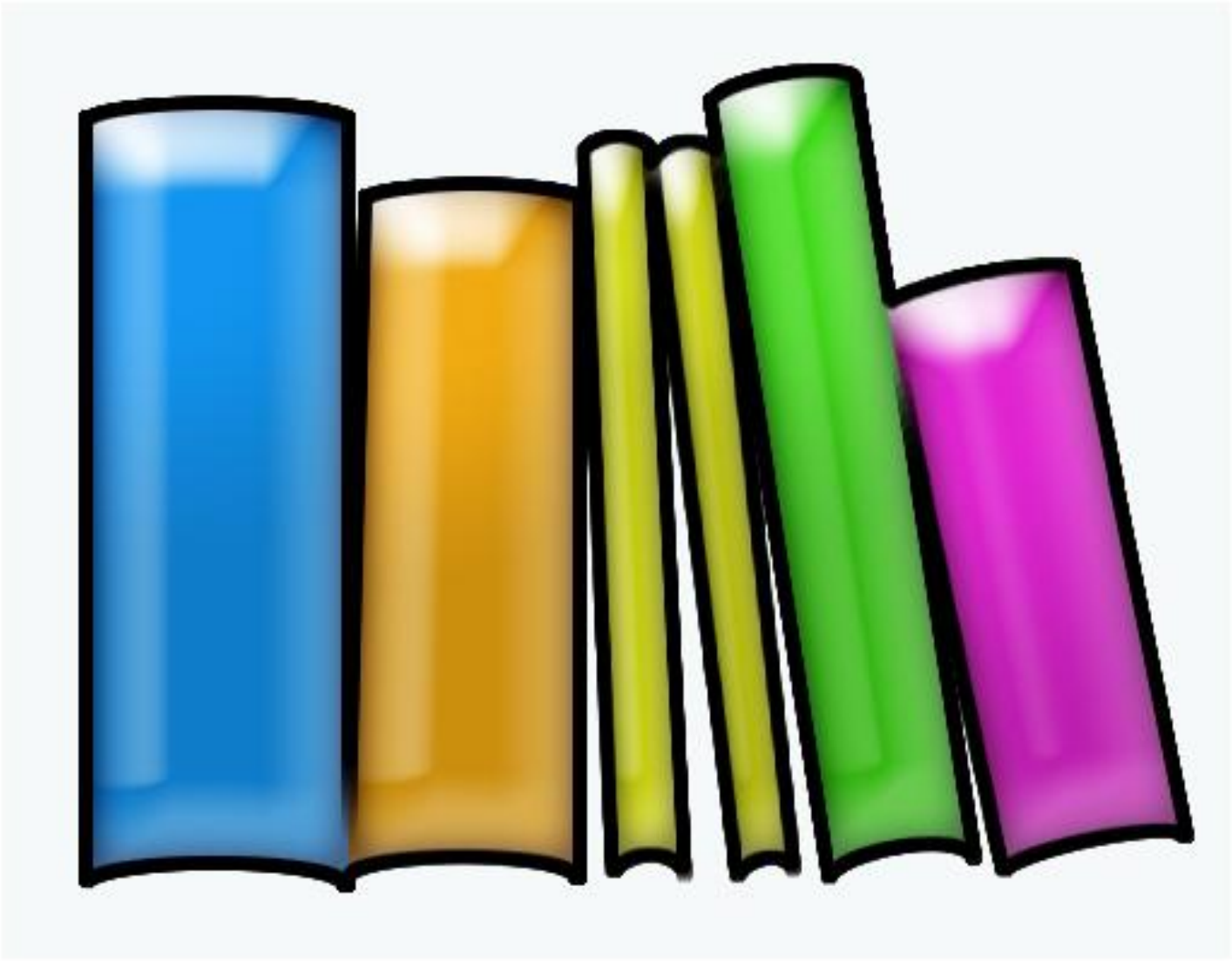
El pudding de Navidad



Christie, Agatha

Produced by calibre 0.6.26

El pudding de Navidad

Sobrecubierta

None
Tags: Unknown

Unknown

OceanofPDF.com

EL PUDDING DE NAVIDAD

Agatha Christie

OceanofPDF.com

CAPITULO I

—Lamento enormemente... —empezó Hércules Poirot.

Le interrumpieron. No con brusquedad sino suave y hábilmente, con ánimo de persuadirle. Por favor, monsieur Poirot, no se niegue usted sin considerarlo antes. El asunto tendría consecuencias graves para la nación. Su colaboración sería muy apreciada en las altas esferas.

—Es usted muy amable —Hércules Poirot agitó una mano en el aire—. Pero, de verdad, me es imposible comprometerme a hacer lo que me pide. En esta época del año...

El señor Jesmond volvió a interrumpirle con su suave tono de voz.

—Navidad... —dijo—. Unas Navidades a la antigua usanza en el campo inglés.

Poirot se estremeció. La idea del campo inglés en aquella época del año no le atraía.

—¡Unas auténticas Navidades a la antigua usanza! —recalcó el señor Jesmond.

—Yo... no soy inglés. En mi país la Navidad es una fiesta para los niños. Año Nuevo; eso es lo que nosotros celebramos.

—¡Ah! Pero la Navidad de Inglaterra es una gran institución y yo le aseguro que en ningún sitio podría verla mejor que en Kings Lacey. Le advierto que es una casa maravillosa, muy antigua. Una de las alas data del siglo XIV...

Poirot se estremeció de nuevo. La idea de una casa solariega inglesa del siglo XIV le daba escalofríos. Lo había pasado muy mal en Inglaterra en las históricas casas solariegas. Pasó la mirada con aprobación por su piso moderno y confortable, provisto de radiadores y de los últimos inventos destinados a evitar la menor corriente de aire.

—En invierno —dijo con firmeza— no salgo nunca de Londres.

—Me parece, monsieur Poirot, que no acaba de darse cuenta de la gravedad de este asunto.

El señor Jesmond miró al joven que le acompañaba y luego se quedó contemplando a Poirot.

Hasta entonces, el más joven de los visitantes se había limitado a decir en actitud muy correcta y etiquetera: «¿Cómo está usted?» Se hallaba sentado, mirando a sus relucientes zapatos y una expresión de profundo

desaliento se reflejaba en su cara color café. Aparentaba unos veintitrés años, y saltaba a la vista que se sentía desgraciadísimo.

—Sí, sí —dijo Poirot—. Claro que el asunto es grave. Lo comprendo perfectamente. Su Alteza tiene todas mis simpatías.

—La situación es de lo más delicada —asintió el señor Jesmond.

Poirot volvió la mirada al hombre de más edad. Si hubiera que describir al señor Jesmond con una sola palabra, ésta hubiera sido «discreción». Todo en él era discreto: su ropa de buen corte, pero nada llamativa, su voz agradable y educada, que casi nunca salía de su grata monotonía, su cabello castaño claro, que empezaba a escasear en las sienes, su rostro pálido y serio. A Hércules Poirot le parecía que había conocido en su vida no uno, sino una docena de señores Jesmond, y todos acababan por decir, más tarde o más temprano, la misma frase: «La situación es de lo más delicada.»

—Le advierto que la policía puede actuar con gran discreción —sugirió Poirot.

El señor Jesmond meneó la cabeza con energía.

—Nada de policía —hüjo—. Para recuperar la... ¡ejem!, lo que queremos recuperar, sería casi inevitable iniciar procedimiento criminal... ¡y sabemos tan poco! *Sospechamos,* pero *no sabemos.*

—Tienen ustedes todas mis simpatías —volvió a decir Poirot.

Si creía que su simpatía iba a importarles algo a sus dos visitantes, estaba equivocado. No querían simpatía sino ayuda práctica. El señor Jesmond empezó a hablar de nuevo de la Navidad inglesa.

—La celebración de la Navidad, como se entendía en otros tiempos, está ya desapareciendo. Hoy en día la gente se va a pasarla a los hoteles. Pero una Navidad inglesa a la antigua usanza, con toda la familia reunida, las medias de los regalos de los niños, el árbol de Navidad, el pavo y el *pudding* de ciruelas, los *crakers*[1]. El muñeco de nieve junto a la ventana...

Hércules Poirot quiso ser exacto e intervino.

—Para hacer un muñeco de nieve —observó con severidad— hace falta nieve. Y no puede uno tener nieve de encargo, ni siquiera para una Navidad a la inglesa.

—He estado hablando hoy precisamente con un amigo mío del observatorio meteorológico —dijo el señor Jesmond— y me ha dicho que es muy probable que *nieve* estas Navidades.

No debió haber dicho semejante cosa. Hércules Poirot se estremeció con mayor violencia.

—¡Nieve en el campo! —dijo—. Eso sería aún más abominable. Una casa solariega de piedra, grande y fría.

—Nada de eso. Las casas han cambiado mucho en los últimos diez años. Tienen calefacción central de petróleo.

—¿De veras hay calefacción central de petróleo en Kings Lacey? —por vez primera, parecía vacilar.

El otro se apresuró a aprovechar la oportunidad.

—Claro que la tienen —dijo—, y también agua caliente. Hay radiadores en todas las habitaciones. Le aseguro a usted, querido monsieur Poirot, que Kings Lacey en invierno es en extremo confortable. Puede que hasta le parezca que en la casa hace *demasiado* calor.

—Eso es muy improbable.

Con la habilidad de la práctica, el señor Jesmond cambió de tema.

—Comprenderá usted que nos encontramos en una situación muy difícil —dijo en tono confidencial.

Hércules Poirot asintió con un movimiento de cabeza. El problema, desde luego, era desagradable. El único hijo y heredero del soberano de un nuevo e importante Estado había llegado a Londres unas semanas antes. Su país había pasado por una etapa de inquietud y de descontento. Aunque leal al padre, que se había conservado plenamente oriental, la opinión popular tenía ciertas dudas respecto al hijo. Sus locuras habían sido típicamente occidentales y, como tales, habían merecido la desaprobación del pueblo.

Sin embargo, acababan de ser anunciados sus esponsales. Iba a casarse con una joven de su misma sangre que, aunque educada en Cambridge, tenía buen cuidado de no mostrar en su país influencias occidentales. Se anunció la fecha de la boda y el joven príncipe había ido a Inglaterra, llevando consigo algunas de las famosas joyas de su familia, para que Cartier las reengarzara y modernizara. Entre las joyas había un rubí muy famoso extraído de un collar antiguo, recargado, y al que los famosos joyeros habían dado un aspecto nuevo. Hasta aquí todo iba bien, pero luego habían empezado las complicaciones. No podía esperarse que un joven tan rico y amigo de diversiones no cometiera alguna locura. Nadie se lo había censurado, porque todo el mundo espera que los príncipes jóvenes se diviertan. El que el príncipe llevara a su amiga de turno a dar un paseo por

Bond Street y le regalara una pulsera de esmeraldas o un clip de brillantes, en prueba de agradecimiento por su compañía, hubiera sido la cosa más natural, y en cierta manera comparable a los «Cadillac» que su padre ofrecía invariablemente a su bailarina favorita del momento.

Pero el príncipe había llevado su indiscreción mucho más lejos. Halagado por el interés de la dama, le había mostrado el famoso rubí en su nuevo engaste, cometiendo la imprudencia de acceder a su deseo de dejárselo lucir, sólo una noche.

El final había sido corto y triste. La dama se había retirado de la mesa donde estaban cenando para empolvarse la nariz. Pasó el tiempo y la señora no volvió. Había salido del establecimiento por otra puerta y se había esfumado. Lo grave y triste del caso era que el rubí, en su nuevo engaste, también había desaparecido con ella.

Éstos eran los hechos, que de hacerse públicos traerían las más desastrosas consecuencias. El rubí no era una joya como otra cualquiera, sino una prenda histórica de gran valor y, de conocerse las circunstancias de su desaparición, las consecuencias políticas serían gravísimas.

El señor Jesmond no era capaz de expresar estos hechos en lenguaje sencillo. Lo envolvió en complicada verbosidad. Hércules Poirot no sabía con exactitud quién era el señor Jesmond. Había encontrado muchos señores Jesmond en el transcurso de su profesión. No se especificó si tenía relación con el Ministerio del Interior, con el Ministerio de Asuntos Exteriores o con alguna rama más discreta del servicio público. Obraba en interés de la Comunidad Británica. Había que recuperar el rubí.

Insistió con delicadeza que monsieur Poirot era el hombre indicado para recuperarlo.

—Quizá... sí, puede que sí —concedió Hércules Poirot—. Pero me dice usted tan poco... Sugestiones, sospechas... no es mucho eso para basarse.

—¡Vamos, monsieur Poirot, no me diga que es demasiado para usted! ¡Vamos, vamos!

—No siempre tengo éxito.

Pero esto no era más que falsa modestia. El tono de voz de Poirot dejaba entrever claramente que para él encargarse de una misión era casi sinónimo de finalizarla con éxito.

—Su Alteza es muy joven —advirtió el señor Jesmond—. Sería muy triste que toda su vida quedase arruinada por una simple indiscreción de

juventud.

Poirot miró con expresión de benevolencia al alicaído joven.

—Es la época de hacer locuras, cuando se es joven —dijo en tono alentador—, y para un hombre corriente no tiene la misma importancia. El buen papá paga, el abogado de la familia desenreda el embrollo, el joven aprende con la experiencia y todo termina bien. En una posición como la suya es muy grave. Su próximo matrimonio...

—Eso es. Eso mismo —eran las primeras palabras que salían con fluidez de la boca del joven—. Ella es una persona muy seria. Toma la vida demasiado en serio. Ha adquirido en Cambridge ideas muy serias. «Se habrá de educar a mi país.» «Habrá que dotarles de escuelas.» «Han de hacerse muchas cosas allí.» Todo ello en nombre del progreso, ¿me entiende?, de la democracia. No va a ser, dice, como en tiempos de mi padre. Naturalmente, sabe que tengo que divertirme, pero sin escándalo. ¡Escándalo, no! Es el escándalo lo que importa. Este rubí es muy famoso, ¿entiende? Tiene una larga historia tras él. ¡Mucha sangre derramada, muchas muertes!

El señor Jesmond asintió haciendo un ademán con la cabeza.

—Muertes —murmuró Poirot, pensativo. Miró al señor Jesmond y añadió—: Esperemos que la cosa no llegue a esos extremos.

El señor Jesmond hizo un ruido extraño, parecido al de una gallina que hubiera decidido poner un huevo y luego cambiara de idea.

—No, no; claro que no —-dijo con mucha compostura—. Estoy seguro de que no habrá nada de eso, ninguna necesidad de...

—No puede usted estar seguro. Sea quien fuere el que posea el rubí en este momento, puede que haya otros deseosos de apropiárselo y que no se detengan ante pequeñeces, amigo mío.

—De verdad creo innecesario —dijo el señor Jesmond, con mayor compostura aún— que nos metamos en especulaciones de esa clase. Son completamente inútiles.

Poirot pareció de pronto mucho más extranjero al responder:

—Yo considero todas las contingencias, como los políticos.

El señor Jesmond le miró, confuso. Recobrándose, dijo:

--Bueno, entonces decidido, ¿no es así, monsieur Poirot? ¿Va a ir usted a Kings Lacey?

—¿Y cómo explico mi presencia allí? —preguntó Hércules Poirot.

El señor Jesmond sonrió aliviado.

—Eso creo que podrá arreglarse muy fácilmente —dijo—. Le aseguro que arreglaremos las cosas para que su visita no suscite la más mínima sospecha. Verá usted lo encantadores que son los Lacey. Una pareja agradabilísima.

—¿Y no me engaña usted respecto a la calefacción central de petróleo?

—¡No, no, cómo voy a engañarle! —el señor Jesmond parecía muy dolido—. Le aseguro que encontrará usted allí toda clase de comodidades.

—*Tout confort moderno* —murmuró Poirot para sí, recordando—. Eh bien —dijo, decidiéndose—, acepto.

OceanofPDF.com

CAPITULO II

En el largo salón de Kings Lacey se disfrutaba una agradable temperatura de veinte grados. Poirot estaba hablando allí con la señora Lacey, junto a una de las grandes ventanas provistas de parteluces. La señora estaba entretenida con una labor. No hacía *petit point* ni bordaba flores en seda, sino que se dedicaba a la prosaica tarea de bastillar unos paños de cocina. Mientras cosía, hablaba con una voz suave y reflexiva que Poirot encontraba muy atractiva.

—Espero que disfrute con nuestra reunión de Navidad, monsieur Poirot. Sólo la familia. Mi nieta, un nieto, un amigo del chico, Bridget, mi sobrina nieta, Diana, una prima, y David Welwyn, un viejo amigo nuestro. Una reunión de familia nada más. pero Edwina Morecombe dijo que eso era precisamente lo que usted quería ver: unas Navidades a la antigua usanza. No podría encontrar más a propósito que nosotros. Mi marido está completamente sumergido en el pasado. Quiere que todo siga exactamente igual a como estaba cuando él era un chiquillo de doce años y venía a pasar aquí sus vacaciones —sonrió para sí—. Las mismas cosas de siempre: el árbol de Navidad, las medias colgadas; la sopa de ostras, el pavo..., dos pavos, uno cocido y uno asado, y el *pudding* de ciruela, con el anillo, el botón de soltero y demás... No podemos meter en el *pudding* monedas de seis peniques porque ya no son de plata pura. Pero sí las golosinas de siempre: las ciruelas de Elvas y de Carlsbad, las almendras, las pasas, las frutas escarchadas y el jengibre. ¡Oh, perdón, parezco un catálogo de Fortnum y Mason!

—Está usted excitando mis jugos gástricos, señora.

—Supongo que mañana por la noche sufriremos todos una indigestión espantosa. No está uno acostumbrado a comer tanto en estos tiempos, ¿verdad que no?

La interrumpieron unos gritos y carcajadas procedentes del exterior, junto a la ventana. La señora Lacey echó una ojeada.

—No sé qué es lo que están haciendo ahí fuera. Estarán jugando a algo. Siempre he tenido mucho miedo de que la gente joven se aburra con nuestras Navidades. Pero nada de eso; todo lo contrario. Mis hijos y sus amigos solían mostrarse displicentes con nuestro modo de celebrar la Navidad. Decían que era una tontería, que armábamos demasiados barullo,

y que era mucho mejor ir a un hotel a bailar. Pero la nueva generación parece que encuentra todo esto de lo más atractivo. Además —añadió con sentido común— los colegiales siempre tienen hambre, ¿no le parece? Yo creo que en los internados los deben tener a dieta. Todos sabemos que un chiquillo de esa edad come aproximadamente tanto como tres hombres fuertes.

Poirot se rió y dijo:

—Han sido muy amables, tanto usted como su marido, al incluirme a mí en su reunión de familia.

—¡Pero si estamos encantados! —le aseguró la señora Lacey—. Y si le parece que Horace se muestra poco afectuoso, no se preocupe, pues es su temperamento.

Lo que su marido el coronel Lacey, había hecho en realidad era muy distinto:

—No comprendo por qué quieres que uno de esos condenados extranjeros venga a fastidiar la Navidad. ¿Por qué no le invitamos en otra ocasión? No trago a los extranjeros. ¡Ya sé, ya sé! Edwina Morecombe quería que lo invitáramos. Me gustaría saber qué tiene esto que ver con *ella.* ¿Por qué no le invita *ella* a pasar las Navidades en su casa?

—Porque sabes muy bien que Edwina va siempre al Claridge —había dicho la señora Lacey. Su marido le había dirigido una mirada suspicaz.

—No estarás tramando algo, ¿verdad, Em? —preguntó.

—¿Tramando algo? —Em le miró abriendo mucho sus ojos de un azul intenso—. ¡Qué cosas dices! ¿Qué quieres que esté tramando?

El anciano coronel Lacey se rió, con una risa profunda y retumbante.

—Te creo muy capaz, Em —dijo—. Cuando pones esa expresión tan inocente es que estás tramando algo.

Dando vueltas a estas cosas en su cabeza, la señora Lacey se dirigió de nuevo a Poirot.

—Edwina dijo que quizá pudiera usted ayudarnos... La verdad es que no veo cómo va a poder hacerlo, pero dijo que unos amigos suyos habían encontrado en usted una gran ayuda en un... en un caso parecido al nuestro. Es... a lo mejor no sabe usted de qué estoy hablando.

Poirot la alentó con la mirada. La señora Lacey se acercaba a los setenta. Su figura aún era esbelta y tenía el cabello blanquísimo, mejillas rosadas, ojos azules, una nariz ridícula y una barbilla voluntariosa.

—Si en algo puede ayudar, sería para mí un gran placer el hacerlo —dijo Poirot—. Tengo entendido que se trata de una joven que se ha enamorado locamente de un hombre que no le conviene en absoluto.

La señora Lacey hizo un movimiento de cabeza afirmativo.

—Sí. Me resulta rarísimo el... bueno, el hablar con usted de esto. Después de todo, usted es completamente un desconocido para nosotros...

—Y soy extranjero —añadió Poirot, en actitud comprensiva.

—Sí, pero puede que eso haga que, en cierto modo, resulte más fácil. Bueno, el caso es que Edwina cree que es posible que sepa usted algo...., ¿cómo diría yo?, algo útil acerca de ese joven Desmond Lee-Wortley.

Poirot se paró un momento a admirar la habilidad del señor Jesmond y la facilidad con que se había servido de lady Morecombe para conseguir sus fines.

—Ese joven, según tengo entendido, no goza de muy buena reputación —empezó con cuidado.

—¡No, desde luego que no! ¡Tiene una fama espantosa! Pero eso no supone nada para Sarah. Nunca sirve de nada el decirles a las muchachas que los hombres tienen mala fama, ¿no cree? Sólo sirve para incitarles más.

—Tiene usted muchísima razón asintió Poirot.

—En mi juventud —continuó la señora Lacey—. (¡ Ay, Dios mío, qué lejos está todo eso!), solían ponernos en guardia contra ciertos jóvenes y, naturalmente, eso aumentaba nuestro interés por ellos y si podíamos agenciárnoslas para bailar o estar a solas con ellos en un invernadero oscuro... —se rió—. Por eso no consentí que Horace hiciera nada de lo que se proponía llevar a cabo.

—Dígame exactamente qué es lo que la preocupa —dijo Poirot.

La señora Lacey se mostraba comunicativa.

—A nuestro hijo lo mataron en la guerra. Mi nuera murió al nacer Sarah, de modo que la niña ha estado siempre con nosotros. Puede que la hayamos educado mal, no lo sé. Pero nos pareció que debíamos darle la mayor libertad posible.

—Me parece una actitud muy prudente —dijo Poirot—. No se puede ir contra los tiempos.

—No es lo que yo siempre he pensado. Y, naturalmente, las chicas de hoy hacen esas cosas.

Poirot la miró interrogante.

—Creo que la mejor manera de expresarlo —dijo la señora Lacey— es decir que Sarah se ha mezclado con los que llaman tipos de café. No quiere ir a bailes, ni ser presentada en sociedad ni nada de eso. Tiene dos habitaciones bastante desagradables en Chelsea, junto al río; va vestida con esa ropa rara que les gusta llevar y con medias negras o verde vivo, unas medias muy gruesas (¡con lo que pican!), y anda por ahí sin lavarse ni peinarse.

—Ç*a c'est tout a fait naturel* —murmuró Poirot—. Es la moda del momento. Más adelante se les pasa.

—Sí, ya lo sé —dijo la señora Lacey—. Eso no me preocuparía. Pero se va exhibiendo por ahí con ese Desmond Lee-Wortley, que la verdad, tiene una reputación de lo más desagradable. Puede decirse que vive de las chicas ricas. Parece ser que se vuelven locas por él. Estuvo a punto de casarse con la chica de Hope, pero la familia de ella se la encomendó a un tribunal o algo así. Y, naturalmente, eso es lo que Horace quiere hacer. Dice que tiene que hacerlo para protegerla. Pero a mí no me parece que sea una buena idea, monsieur Poirot. Quiero decir que se escaparían juntos y se irían a Escocia, a Irlanda, a la Argentina o a donde fuera y se casarían allí o vivirían juntos sin casarse. Y aunque eso suponga un desacato al tribunal y todo eso... en resumidas cuentas no sirve para nada, ¿no le parece? Sobre todo si viene un niño. Entonces uno tiene que dejarlos que se casen. Y después, al cabo de uno o dos años, casi siempre acaban divorciándose. Luego la chica vuelva a casa y, después de uno o dos años, suele casarse con un muchacho que de puro bueno resulta aburrido y sienta cabeza. Pero es muy triste, sobre todo si hay un niño, porque no es lo mismo ser criado por un padrastro, por bueno que sea. No, yo creo que era mucho mejor como lo hacíamos en mi juventud. Nuestro primer amor era siempre un muchacho indeseable... vaya, ¿cómo se llamaba? ¡Qué extraño, no puedo acordarme de su nombre de pila! El apellido era Tibbitt. Naturalmente, mi padre casi llegó a prohibirle la entrada en casa, pero solían invitarle a los mismos bailes que a mí y bailábamos juntos. Algunas veces nos escapábamos del salón y nos sentábamos fuera y otras veces algún amigo organizaba una excursión al campo a la que íbamos los dos. Naturalmente, todo esto era emocionantísimo y disfrutábamos una barbaridad con esos encuentros a hurtadillas. Pero no... vaya, no llegábamos a los *extremos* a que llegan las chicas de hoy. Y, después de algún tiempo, Tibbitt y los

demás como él iban desvaneciéndose. Y, ¿sabe usted?, cuando le volví a ver, cuatro años después, me preguntaba qué habría podido ver en él. ¡Me pareció tan *aburrido*! Muy superficial; incapaz de una conversación interesante.

—Uno siempre cree que los tiempos de su juventud eran los mejores —dijo Poirot, en tono un poco sentencioso.

—Ya lo sé. Es un tema muy aburrido. No quiero que Sarah, que es un encanto de chica, se case con Desmond Lee-Wortley. Ella y David Welwyn, que ha venido también a pasar las Navidades con nosotros, fueron siempre tan buenos amigos y se tenían tanto cariño que Horace y yo teníamos esperanzas de que cuando llegara la edad se casarían. Pero, naturalmente, ahora lo encuentra aburrido y está completamente obcecada con ese Desmond.

—No comprendo bien, señora —quiso aclarar Poirot—. ¿Dice usted que ese Desmond Lee-Wortley está aquí ahora, en esta casa?

—Eso ha sido obra mía —dijo la señora Lacey—. Horace estaba empeñado en prohibir a Sarah que lo viera. Claro, en tiempos de Horace el padre o tutor se hubiera presentado con una fusta en casa del joven. Horace estaba empeñado en prohibirle a él la entrada en esta casa y en prohibir a la chica que lo viera. Yo le dije que esa actitud era completamente equivocada. «No —le dije—, invítales a venir aquí. Le invitaremos a pasar las Navidades en familia.» Como es natural, mi marido dijo que estaba loca. Pero yo me mostré firme: «Por lo menos, querido, vamos a *probar.* Que Sarah le vea en *nuestro* ambiente, en *nuestra* casa; estaremos con él muy amables y muy atentos y puede que entonces ella lo encuentre menos interesante.»

—Creo que, como usted dice, hay algo en eso, señora —asintió Poirot—. Me parece muy inteligente su punto de vista. Más que el sostenido por su marido.

—Bueno, espero que lo sea —dijo la señora Lacey, no muy convencida —. Por ahora no parece que esté dando mucho resultado. Claro que sólo lleva aquí un par de días —en sus mejillas surcadas de arrugas apareció de pronto un hoyuelo—. Le voy a confesar una cosa, monsieur Poirot: yo misma no puedo evitar que me guste el chico. No es que me guste de *verdad,* con la *cabeza,* pero veo perfectamente su atractivo. Sí, sí, veo lo que Sarah ve en él. Pero soy lo bastante vieja y tengo experiencia suficiente

para saber que es un completo desastre. Aunque su compañía me resulte agradable. Sin embargo —continuó, pensativa—, tiene algunas bellas cualidades. Nos preguntó si podía traer aquí a su hermana. Le habían hecho una operación y estaba en el hospital. Dijo que sería muy triste para ella pasar las Navidades en un sanatorio y me preguntó si sería demasiada molestia el traerla aquí con él. Sugirió que él podría encargarse de llevarle todas las comidas a su habitación. A mí me parece que estuvo muy bien, ¿no lo cree usted así igualmente, monsieur Poirot?

—Es una muestra de consideración hacia los demás que no parece encajar con el tipo —respondió Poirot, pensativo.

—No sé. Puede uno sentir afecto por su familia y al mismo tiempo aprovecharse de una muchacha rica. Sarah será muy rica algún día; no sólo con lo que nosotros le dejamos... eso, desde luego, no será mucho, porque la mayor parte del dinero irá a parar a Colin, mi nieto, junto con la casa... Pero su madre era una mujer muy rica y Sarah heredará todo su dinero cuando cumpla veintiún años. Ahora sólo tiene veinte. Yo creo que estuvo muy bien el que Desmond se preocupara de su hermana. Y no le dio importancia, como si no estuviera haciendo algo estupendo. Creo que ella es taquimecanógrafa; trabaja en una oficina en Londres. Desmond ha cumplido su palabra y le sube las bandejas con la comida. No siempre, claro, pero sí muchas veces. De modo que creo que algunas buenas cualidades, sí las tiene. Pero de todos modos —añadió con gran energía— no quiero que Sarah se case con él.

—Por todo lo que me han dicho de él sería un desastre completo.

—¿Cree usted que podría hacer algo por ayudarnos? —preguntó ansiosamente la dama.

—Creo que sí, que es posible, pero no quiero prometer demasiado, porque los tipos como Desmond Lee-Wortley son inteligentes. Pero no desespere. Es posible que pueda ayudar un poquito. De todos modos, haré todo lo que esté en mi mano, aunque sólo fuera en agradecimiento a su bondad al invitarme a pasar con ustedes las fiestas navideñas —miró a su alrededor—. Y que no será fácil en estos tiempos organizar festejos.

—No es fácil, no —la señora Lacey suspiró. Se inclinó hacia delante—. ¿Sabe usted, monsieur Poirot, con lo que sueño, lo que de verdad me gustaría tener?

—No, dígame.

—Lo que deseo de verdad es tener una casita moderna, de un solo piso. Bueno, puede que de un solo piso no, pero pequeña y que fuese fácil de gobernar, construida en algún rincón del parque, con una cocina provista de todos esos adminículos que ahora se estilan y sin pasillos largos.

—Es una idea muy factible.

—Para mí no lo es —dijo la señora Lacey—. Mi marido está *enamorado* de esta casa. Le *encanta* vivir aquí. No le importa estar un poco incómodo, no le importan los inconvenientes y *odiaría,* sí, odiaría vivir en una casita moderna en el parque.

—¿De modo que se sacrifica usted a sus deseos?

La señora Lacey se enderezó.

—No lo considero un sacrificio, monsieur Poirot —dijo—. Me casé con mi marido decidida a hacerle feliz. Ha sido un buen marido y me ha hecho muy dichosa durante todos estos años y quiero que él también lo sea.

—De modo que continuarán viviendo aquí —dijo Poirot.

—No es tan sumamente incómoda —advirtió la señora Lacey.

—No, no —se apresuró a decir Poirot—. Al contrario, es de lo más confortable. La calefacción central y el agua caliente del baño son perfectas.

—Hemos gastado mucho dinero en hacer los arreglos necesarios. Vendimos unas parcelas de terreno para urbanización. Afortunadamente no se ve nada desde la casa; al otro extremo del parque. Era un terreno bastante feo, sin vista ninguna, pero nos lo pagaron muy bien. Con eso hemos podido hacer muchas mejoras.

—¿Y el servicio?

—Sí, bueno, pero no nos arreglamos tan mal como parece. Naturalmente, no se puede pretender estar atendido y servido como estaba uno acostumbrado a estarlo. Del pueblo vienen varias personas. Dos mujeres por la mañana, otras dos para hacer la comida de mediodía y el fregado, y varias más por la tarde. Hay mucha gente dispuesta a venir a trabajar unas horas al día. Por Navidad tenemos mucha suerte. La señora Ross viene siempre. Es una cocinera estupenda, de verdadera categoría. Se retiró hace unos diez años, pero viene a ayudar siempre que hace falta. Luego tenemos a nuestro querido Peverell.

—¿Su mayordomo?

—Sí. Lo hemos jubilado, con una pensión, y vive en la casita que está cerca de la casa del guarda, pero nos quiere tanto que se empeña en venir a

servirnos por Navidad. La verdad es, monsieur Poirot, que me tiene asustadísima, porque es tan viejo y está tan tembloroso que estoy segura que si lleva algo pesado lo va a dejar caer. Es un verdadero suplicio el verle. Además, no está muy bien del corazón y tengo miedo de que trabaje demasiado. Pero le dolería mucho el que no le permitieran venir. Tuerce el gesto y hace una serie de ruiditos de desaprobación al ver cómo está la plata y, cuando lleva aquí tres días, todo vuelve a estar de maravilla. Sí. Es un amigo leal y muy querido —sonrió a Poirot—. Conque ya lo ve usted, estamos todos dispuestos para pasar unas felices Pascuas. Y con nieve, además —añadió mirando hacia la ventana—. ¿Ve? Está empezando a nevar. Ah, aquí vienen los niños. Voy a presentárselos, monsieur Poirot.

Poirot fue presentado Con la debida ceremonia. Primero a Colin y Michael, el nieto y su amigo, dos colegiales de quince años, agradables y corteses, uno moreno y otro rubio. Luego a la prima de los niños, Bridget, una chiquilla morena de la misma edad aproximadamente y con una vitalidad enorme.

—Y ésta es mi nieta, Sarah —terminó la señora Lacey.

Poirot miró con cierto interés a Sarah, atractiva muchacha de melena roja. Le pareció un poco nerviosa y su actitud algo retadora, pero mostraba verdadero cariño por su abuela.

—Y éste es el señor Lee-Wortley.

El señor Lee-Wortley llevaba un jersey de punto inglés y pantalones negros de dril, muy ceñidos; tenía el pelo bastante largo y no parecía que se hubiera afeitado aquella mañana. Contrastaba con él el joven presentado como David Welwyn, macizo y silencioso, con una sonrisa agradable y al parecer muy aficionado al agua y al jabón. Había otra persona más, una muchacha guapa, de mirada intensa, presentada como Diana Middleton.

Trajeron el té, una comida fuerte a base de tortas, bollos, bocadillos y tres clases de cake. La gente menuda hizo a todo los debidos honores. El coronel Lacey llegó el último, observando con voz indiferente:

—¿Qué, té? ¡Ah, sí, té!

Cogió la taza de té de manos de su mujer, se sirvió dos tortas, dirigió una mirada de odio a Desmond Lee-Wortley y se sentó tan lejos de él como le fue posible. Era un hombre voluminoso, de cejas pobladas y rostro rojo y curtido. Parecía un campesino, más que el señor de la casa.

—Ha empezado a nevar —dijo—. Tendremos unas Navidades blancas.

Después del té, la reunión se disolvió.

—Supongo que ahora irán a jugar con sus cintas magnetofónicas —explicó la señora Lacey a Poirot, mirando con indulgencia a su nieto, que salía de la habitación. Igual tono habría empleado de decir: «Los niños van a jugar con sus soldaditos de plomo»—, se sienten muy atraídos por la técnica y se dan mucha importancia con todo eso.

Sin embargo, los chicos y Bridget decidieron ir al lago a ver si podían patinar sobre el hielo.

—Yo creo que podíamos haber patinado esta mañana —dijo Colin—, pero el viejo Hodgkins dijo que no. ¡Es de una prudencia!

—Vamos a dar un paseo, David —propuso Diana Middleton suavemente.

David titubeó un momento, con la vista fija en la cabeza pelirroja de Sarah; ésta se hallaba junto a Desmond Lee-Wortley, con una mano apoyada en su brazo y la mirada levantada hacia él.

—Está bien —dijo seguidamente David Welwyn—. Sí, vamos.

Diana deslizó una mano por el brazo de David y se volvieron hacia la puerta del jardín. Sarah dijo

—¿Vamos también nosotros, Desmond? Aquí está el aire viciadísimo.

—¿A quién se le ocurre andar? —dijo Desmond—. Sacaré el coche. Vamos al Speckley Boar a tomar una copa.

Sarah vaciló un momento antes de decir:

—Vamos a Market Ledbury, al White Hart. Es mucho más divertido.

Aunque no lo hubiera reconocido por nada del mundo, Sarah sentía una repugnancia instintiva a ir con Desmond a la cervecería local. No estaba dentro de la tradición de Kings Lacey. Las mujeres de Kings Lacey nunca habían frecuentado el Speckley Boar... Tenía la sensación de que ir allí sería ofender al coronel Lacey y a su mujer. ¿Y por qué no?, habría dicho Desmond Lee-Wortley. Exasperada, Sarah pensó que debía saber por qué no. No había por qué disgustar a unas personas tan buenas como el abuelo y la querida Em, sin necesidad. La verdad era que habían sido muy buenos al dejarla vivir su vida, sin comprender en lo más mínimo por qué querría vivir en Chelsea como vivía; pero aceptándolo. Eso, desde luego, se lo debía a Em. El abuelo hubiera armado un alboroto de miedo.

Sarah no se hacía ilusiones respecto a la actitud de su abuelo. El invitar a Desmond a Kings Lacey no había sido idea suya, sino de Em. Em, que era un cielo y siempre lo había sido.

Mientras Desmond iba a sacar el coche, Sarah volvió a asomar la cabeza en el salón.

—Nos vamos a Market Ledbury —dijo— Vamos a tomar una copa al White Hart.

—Está bien, hijita —dijo—; me parece muy buena idea. Ya veo que David y Diana se han ido a dar un paseo. ¡Me alegro tanto! Creo que he tenido una idea verdaderamente genial al invitar a Diana. ¡Es tan triste quedarse viuda tan joven! Veintidós años nada más... Espero que se vuelva a casar *pronto.*

Sarah la miró vivamente.

—¿Qué te traes entre manos, Em?

—Tengo un pequeño plan —dijo la señora Lacey, alegremente—. Me parece la persona más indicada para David. Ya sé que él estaba enamoradísimo de ti, Sarah, pero tú no quieres saber nada de él y comprendo que no es tu tipo. No quiero que siga sufriendo y creo que Diana le va muy bien.

—¡Qué casamentera te has vuelto, Em! —exclamó Sarah.

—Ya lo sé. Todas las viejas lo somos. Me parece que a Diana le cae ya muy bien. ¿No te parece que es la mujer indicada para él?

—No creo... Me parece que Diana es... no sé, demasiado intensa, demasiado seria. Creo que David se aburriría muchísimo, si se casara con ella.

—Bueno, ya veremos. De todos modos a ti no te interesa, ¿verdad, hijita?

—¡No, qué me va a interesar! —respondió Sarah muy rápidamente. Y añadió con precipitación—: Te gusta Desmond, ¿verdad que sí, Em?

—Es un muchacho de lo más agradable.

—Al abuelo no le gusta.

—Bueno, eso era de esperar, ¿no te parece? —dijo la señora Lacey, con sentido común—, pero creo que llegará a ceder, cuando se haga a la idea. Sarah, hijita, no debes apresurarle. Los viejos somos muy lentos en cambiar de manera de pensar y tu abuelo es muy testarudo.

—No me importa lo que el abuelo piense o diga —afirmó Sarah—. ¡Me casaré con Desmond, cuando me parezca!

—Ya lo sé, hijita, ya lo sé. Pero procura ser realista. Tu abuelo puede dar mucha guerra. Todavía no eres mayor de edad. Dentro de un año puedes

hacer lo que se te antoje. Espero que Horace cederá mucho antes de ese tiempo.

—Tú estás de mi parte, ¿verdad, abuela? —dijo Sarah.

Rodeó con sus brazos el cuello de la señora Lacey y le dio un beso cariñoso.

—Quiero que seas feliz —dijo la abuela—. Ahí está tu amigo con el coche. ¿Sabes que me gustan esos pantalones tan estrechos que llevan estos chicos modernos? Resultan tan elegantes..., lo malo es que su estrechez hace que se noten más las piernas torcidas.

Sí, pensó Sarah. Desmond tenía las piernas torcidas. Nunca se había fijado hasta aquel momento...

—Anda, hijita; diviértete —dijo la señora Lacey.

Se quedó observándola mientras se dirigía al coche. Luego, recordando a su invitado extranjero, se encaminó a la biblioteca. Al llegar a la biblioteca vio a Hércules Poirot echando una agradable siestecita y, sonriéndose, cruzó el vestíbulo y entró en la cocina a conferenciar con la señora Ross.

—Vamos, preciosa —dijo Desmond—. ¿Qué, tu familia se ha puesto de malas porque vas a una cervecería? Llevan muchos años de retraso.

—No han hecho ningún aspaviento —replicó Sarah vivamente, entrando en el coche.

—¿A qué viene eso de invitar a ese tipo extranjero? Es detective, ¿verdad? ¿Qué falta hace aquí un detective?

—Pero si no está aquí profesionalmente... —dijo Sarah—. Edwina Morecombe, mi madrina, nos pidió que le invitáramos. Creo que hace mucho que se ha retirado de la profesión.

—Parece tan pasado de moda como un penco de simón.

—Quería ver unas Navidades inglesas a la antigua, creo —explicó Sarah, vagamente.

Desmond se rió con desprecio.

—¡Cuánta patochada! —exclamó—. No me explico cómo puedes resistirlo.

Sarah echó hacia atrás sus cabellos rojos y alzó su barbilla agresiva.

—¡Me encanta! —dijo, retadora.

—Imposible, muñeca. Vamos acabar con todo esto mañana. Vámonos a Scarborough o a cualquier sitio.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Les dolería mucho.

—¡Bah, monsergas! Sabes muy bien que no te gusta toda esa sensiblería infantil.

—Bueno, puede que no me guste, pero...

Sarah se calló de pronto. Se dio cuenta, con un sentimiento de culpabilidad, de que estaba deseando celebrar la Navidad. Le encantaba todo aquello, pero le daba vergüenza confesárselo a Desmond. No se estilaba disfrutar de las fiestas navideñas y de la vida familiar. Por un momento deseó que Desmond no hubiera ido a Kings Lacey a pasar las Navidades. En realidad, casi hubiera sido mejor que no viniera ni entonces ni nunca. Era mucho más divertido ver a Desmond en Londres que allí, en casa.

Entretanto, los chicos y Bridget volvían del lago, discutiendo todavía con mucha seriedad los problemas del patinaje. Habían caído algunos copos y, mirando al cielo, era fácil profetizar que no tardaría mucho en caer una gran nevada.

—Va a nevar toda la noche —dijo Colin—. Te apuesto algo a que el día de Navidad por la mañana tenemos dos pies de nieve.

Era una perspectiva muy agradable para ellos.

—Vamos a hacer un muñeco de nieve —dijo Michael.

—¡Dios mío! —exclamó Colin—. Hace que no hago un muñeco de nieve desde..., bueno, desde que tenía cuatro años.

—A mí no me parece nada fácil hacerlo —se lamentó Bridget—. Hay que tener cierta práctica.

—Podíamos hacer una estatua de monsieur Poirot —dijo Colin-—. Ponerle un gran bigote negro. Hay uno en la caja de disfraces.

Michael dijo, pensativo:

—Yo no comprendo cómo monsieur Poirot ha podido ser en su vida un buen detective. No comprendo cómo podía disfrazarse.

—Es cierto —dijo Bridget, no puede uno imaginárselo corriendo por ahí con un microscopio y, buscando pistas o midiendo pisadas.

—Tengo una idea —dijo Colin—. Vamos a representar una comedia para él.

—¿Una comedia? ¿Qué quieres decir? —preguntó Bridget.

—Sí, prepararle un asesinato.

—¡Qué idea más genial! —dijo Bridget—. ¿Quieres decir poner un cadáver en la nieve...?

—Sí. Eso le haría sentir confianza, ¿no os parece?

Bridget soltó una risita.

—No creo que me atreva a ir tan lejos.

—Si nieva —dijo Colin— tendremos el escenario perfecto. Un cadáver y unas pisadas..., tendremos que pensarlo muy bien todo y coger una de las dagas del abuelo y verter un poco de sangre.

Se separaron y, sin darse cuenta de que empezaba a nevar copiosamente, se metieron en una animada discusión.

—Hay una caja de pintura en la antigua sala de estudios. Podríamos hacer una mezcla para la sangre..., creo que carmesí iría bien.

—Yo creo que el carmesí es demasiado rosado —dijo Bridget—. Habría de ser un poco más castaño.

—¿Quién va a ser el cadáver? —preguntó intrigado Michael.

—Yo —se ofreció Bridget rápidamente.

—Oye, que yo fui el de la idea —dijo Colin.

—No, no —volvió a insistir Bridget—. Tengo que ser yo. Tiene que ser una chica. Es más emocionante. Hermosa muchacha yace sin vida en la nieve...

—¡Hermosa muchacha! Ja, ja —se burló Michael.

—Además, tengo el pelo negro —dijo Bridget.

—¿Y eso que tiene que ver?

—Resaltaría mucho en la nieve; y me pondría mi pijama rojo.

—Si te pones un pijama rojo no se notarán las manchas de sangre —advirtió Michael, empleando un tono práctico.

—¡Pero resultaría de tanto efecto contra la nieve! —dijo Bridget—. Y además tiene listas blancas, de modo que podríamos verter la sangre en ellas. ¡Ay, sería bárbaro! ¿Creéis que le engañaremos?

—Si lo hacemos bien, sí —dijo Michael—. En la nieve sólo se verán tus pisadas y las de otra persona, acercándose al cadáver y luego marchándose..., pisadas de hombre, claro. No querrá estropear las pisadas, de modo que no sabrá que no estás muerta de verdad. ¿Oíd, creéis que...? —se detuvo, asaltado por una idea repentina. Los otros dos le miraron—. ¿Creéis que se enfadará, verdad?

—No, no creo —repuso Bridget con optimismo—. Estoy segura que comprenderá que lo hemos hecho para entretenerle. Una especie de regalo de Navidad.

—Me parece que no estaría bien hacerlo el día de Navidad —dijo Colin, reflexivo—. No creo que al abuelo le gustara mucho.

—Pues el veintiséis, entonces —dijo Bridget.

--Sí, el veintiséis será estupendo —dijo Michael.

—Así además nos dará más tiempo —prosiguió Bridget—. Hay que tener en cuenta que es necesario preparar un montón de cosas. Vamos a ver los trastos.

Entraron precipitadamente en la casa.

OceanofPDF.com

CAPITULO III

La tarde fue muy movida. Habían traído grandes cantidades de acebo y de muérdago y en un extremo del comedor fue instalado un árbol de Navidad. Todo el mundo contribuyó a decorarlo, a poner ramas de acebo detrás de los cuadros y a colgar el muérdago en lugar conveniente en el vestíbulo.

—No tenía idea de que se practicaran todavía estas costumbres tan arcaicas —le dijo Desmond a Sarah en voz baja, sonriendo con desprecio.

—Siempre lo hemos hecho —respondió Sarah, a la defensiva.

—¡Vaya razón!

—¡Por favor, Desmond, no te pongas pesado! Yo lo encuentro muy divertido.

—¡Sarah, cariño, *no es posible*!

—Bueno, no..., puede que en el fondo no..., pero sí, en cierto modo, sí.

—¿Quién va a desafiar la nieve para ir a la misa de medianoche? —preguntó la señora Lacey a las doce menos veinte.

—Yo, no —respondió con presteza Desmond—. Vamos, Sarah.

Poniéndole una mano en el brazo, la condujo a la biblioteca, al lugar donde estaba el álbum de los discos.

—Todo tiene un límite, querida —gruñó Desmond—. ¡Misa de medianoche!

—Sí —repuso Sarah—. Sí, claro.

Con muchas risas y pateando el suelo para entrar en calor, casi todos los demás se pusieron los abrigos y salieron. Los dos chicos, Bridget, David y Diana emprendieron el paseo de diez minutos hasta la iglesia, bajo la nieve. Sus risas se fueron perdiendo a lo lejos.

—¡Misa de medianoche! —dijo el coronel Lacey con un bufido—. Nunca fui a una misa de medianoche en mi juventud. ¡Ah, usted perdone, monsieur Poirot!

Poirot agitó una mano en el aire.

—Nada, nada. No se preocupe por mí.

—En mi opinión, a todo el mundo debería gustarle el servicio de mañana —añadió el coronel—. Un buen servicio dominical. «Escucha, los ángeles cantan» y todos los viejos himnos cristianos. Y luego vuelta a casa, a la comida de Navidad. Es así como debe ser, ¿no te parece, Em?

—Sí, querido —repuso la señora Lacey—. Eso es lo que *nosotros* hacemos. Pero a la juventud le gusta el servicio de medianoche. Y, realmente, es una buena cosa que *quieran* ir.

—Sarah y ese individuo no quieren ir.

—En eso, querido, creo que te equivocas —dijo la señora Lacey—. Sarah sí quería ir, pero no le gustó decirlo.

—No comprendo que le importe la opinión de ese individuo.

—Es muy joven todavía —comentó su esposa plácidamente—. ¿Se va usted a la cama, monsieur Poirot? Buenas noches. Espero que duerma bien.

—¿Y usted, señora? ¿No se acuesta todavía?

—Todavía no. Aún tengo que llenar las medias. Ya sé que todos ellos casi son personas mayores, pero les *gusta* eso de las medias. Se ponen dentro cosas de broma, objetos sin importancia. Pero resulta muy divertido.

—Trabaja usted mucho para que reine la alegría en esta casa en Navidad —-dijo Poirot—. Merece usted mi respeto.

Se llevó galantemente a los labios la mano de la señora Lacey.

—¡Hum! —gruñó el coronel Lacey después que se hubo marchado Poirot—. Un tipo muy florido. Pero se ve que te aprecia.

La dama le sonrió.

—¿Te has dado cuenta, Horace, de que estoy debajo del muérdago? —preguntó con gazmoñería de una muchacha de diecinueve años[2].

Hércules Poirot entró en la habitación. Era un dormitorio grande, con abundancia de radiadores. Al acercarse a la gran cama de columnas vio un sobre encima de la almohada. Lo abrió y sacó de él un trozo de papel. En él, con letras mayúsculas, decía:

NO COMA NADA DEL *PUDDING* DE CIRUELAS.

UNA QUE LE QUIERE BIEN.

Hércules Poirot se quedó mirando el trozo de papel.

—Un jeroglífico —murmuró, alzando las cejas—, y completamente inesperado.

OceanofPDF.com

CAPITULO IV

La comida de Navidad empezó a las dos de la tarde y fue un verdadero banquete. Unos enormes troncos chisporroteaban alegremente en la gran chimenea y el chispoporroteo quedaba sofocado por la babel de lenguas hablando al mismo tiempo. Había sido consumida la sopa de ostras y dos enormes pavos habían hecho su aparición, volviendo a la cocina convertidos en esqueletos de sí mismos. El momento supremo había llegado. El *pudding* de Navidad fue llevado al comedor con toda la pompa. El viejo Peverell, temblándole las manos y las rodillas con la debilidad de sus ochenta años, no consintió que nadie lo llevara sino él. La señora Lacey se apretaba las manos, llena de ansiedad. ¡Un día de Navidad, seguro, Peverell caería difunto! Teniendo que escoger entre el riesgo de que cayera muerto o herir sus sentimientos de tal modo que prefiriera caer muerto a estar vivo, la señora Lacey había escogido hasta entonces la primera de las dos alternativas. En una bandeja de plata, el *pudding* de Navidad reposaba en toda su gloria. Un *pudding* enorme, con una ramita de acebo prendida en él como una bandera triunfal y rodeado de gloriosas llamas azules y rojas. Se oyeron gritos de alegría y de pasmo.

Una cosa había conseguido la señora Lacey: persuadir a Peverell de que colocara el *pudding* frente a ella, en lugar de pasarlo alrededor de la mesa. Al verlo frente a ella, sano y salvo, la señora Lacey lanzó un suspiro de alivio. Fueron pasándole rápidamente los platos, con las llamas lamiendo todavía las porciones de *pudding.*

—Pida algo, monsieur Poirot —exclamó Bridget— Pida algo antes de que la llama se apague. ¡Corre, abuelito, corre!

La señora Lacey se echó hacia atrás, lanzando un suspiro de satisfacción. La Operación *Pudding* había resultado un éxito. Delante de cada comensal había una ración rodeada de llamas. Se produjo un breve silencio alrededor de la mesa, mientras todo el mundo hacía su petición.

Nadie pudo observar la expresión extraña del rostro de monsieur Poirot, mientras miraba la ración de *pudding* de su plato. *«No coma nada del* pudding *de ciruela.»* ¿Qué podría querer decir aquella advertencia siniestra? ¡No podía haber ninguna diferencia entre su ración de *pudding* y la de cualquier otro! Suspirando, tuvo que reconocer que estaba

desconcertado; y a Hércules Poirot nunca le gustaba reconocer que estaba desconcertado. Cogió la cuchara y el tenedor.

—¿Un poco de salsa de mantequilla, monsieur Poirot?

Poirot se sirvió salsa de mantequilla, mostrando su aprobación.

—Has cogido otra vez mi mejor coñac, ¿verdad, Em? —dijo el coronel de buen humor desde el otro extremo de la mesa.

La señora Lacey le sonrió.

—La señora Ross insiste en usar el mejor coñac, querido —dijo—. Dice que en eso consiste todo lo notable del plato.

—Bueno, bueno —dijo el coronel Lacey—. Sólo es Navidad una vez al año y la señora Ross es una excelente cocinera.

—Ya lo creo que lo es —dijo Colin—. Menudo *pudding* de ciruelas. ¡Ummm!

Se metió en la boca un gran bocado.

Suavemente, casi con cautela, Poirot atacó su ración de *pudding.* Comió un bocado. Estaba delicioso! Probó otro bocado. En su plato había un objeto brillante. Investigó con un tenedor. Bridget, sentada a su izquierda, acudió en su ayuda.

—Tiene usted algo, monsieur Poirot —dijo—. ¿Qué será?

Poirot apartó las pasas que rodeaban un pequeño objeto de plata.

—¡Ah! —dijo Bridget—. ¡Es el botón de soltero! ¡Monsieur Poirot tiene el botón de soltero!

Poirot sumergió el pequeño botón de plata en el agua que tenía en su plato para enjugarse las manos y le quitó las migas de *pudding.*

—Es muy bonito —observó.

—Eso significa que se va a quedar soltero, monsieur Poirot —explicó.

—Eso es de suponer —repuso Poirot con gravedad—. Llevo muchísimos años de soltero y es improbable que vaya a cambiar ahora de estado.

—No pierda las esperanzas —dijo Michael—. Leí en el periódico el otro día que un hombre de noventa y cinco se casó con una chica de veintidós.

—Me das ánimos —contestó sonriendo Hércules Poirot.

De pronto, el coronel Lacey lanzó una exclamación. Con el rostro amoratado, se llevó la mano a la boca.

—Maldita sea, Emmeline! —bramó—. ¿Cómo le consientes a la cocinera poner un cristal en el *pudding?*

—¡Cristal! —exclamó la señora Lacey, atónita.

El coronel Lacey sacó de la boca la ofensiva sustancia.

—Me podía haber roto una muela —gruñó—. O habérmela tragado sin advertirlo y producirme una apendicitis.

Dejó caer el trozo de vidrio en la vasija de enjugarse los dedos, lo limpió y lo contempló unos segundos.

—¡Válgame Dios! —exclamó—. Es una piedra roja de uno de los broches de los petardos.

Lo sostuvo en alto.

—¿Me permite?

Con mucha habilidad, monsieur Poirot se extendió por detrás de su vecino de mesa, cogió la piedra de los dedos del coronel Lacey y la examinó con atención. Como había dicho el señor de la casa, era una enorme piedra roja, color rubí. Al darle vueltas en la mano, sus facetas lanzaban destellos. Uno de los comensales apartó vivamente su silla y en seguida la volvió a su sitio.

—¡Ahí va! —exclamó Michael—. ¡Qué imponente, si fuera *de* verdad!

—A lo mejor es de verdad —dijo Bridget, esperanzada.

—No seas bruta, Bridget. Un rubí de ese tamaño valdría miles y miles de libras. ¿Verdad, monsieur Poirot?

—Verdad, verdad —confirmó Poirot.

—Pero lo que yo no comprendo —dijo la señora Lacey— es cómo fue a parar al *pudding*.

—¡Ay! —exclamó Colin, concentrando su atención en el *pudding* que tenía en la boca—. Me ha tocado el cerdo. No es justo.

Bridget empezó a canturrear:

—¡Colin tiene el cerdo! ¡Colin tiene el cerdo! ¡Colin es el cerdito tragón!

—Yo tengo el anillo —dijo Diana con voz alta y clara.

—Suerte que tienes, Diana. Te casarás antes que ninguno de nosotros.

—Yo tengo el dedal —se lamentó Bridget.

—Bridget se va a quedar solterona —canturrearon los dos chicos—. Bridget se va a quedar solterona.

—¿A quién le ha tocado el dinero? —preguntó David—. En el *pudding* hay una auténtica moneda de oro de diez chelines. Me lo dijo la señora Ross.

—Creo que soy yo el afortunado —dijo Desmond Lee-Wortley.

Los dos vecinos de mesa del coronel Lacey le oyeron murmurar:

—¡Cómo no!

—Yo tengo el anillo —dijo David. Miró a Diana—. Qué coincidencia, ¿verdad?

Continuaron las risas. Nadie se dio cuenta de que monsieur Poirot, con descuido, como si estuviese pensando en otra cosa, había deslizado la piedra roja en uno de sus bolsillos.

Después del *pudding* vinieron las empanadillas de frutas secas y la tarta de Navidad. Luego, las personas mayores se retiraron a echar una bien merecida siesta antes de la ceremonia de encender el árbol de Navidad, a la hora del té. Hércules Poirot, sin embargo, no se echó, sino que se dirigió a la enorme y antigua cocina.

Mirando a su alrededor y sonriendo, dijo:

—¿Me está permitido felicitar a la cocinera por la maravillosa comida que acabo de saborear?

Después de corta vacilación, la señora Ross se adelantó majestuosamente a saludarle. Era una mujer voluminosa, con la dignidad de una duquesa de teatro. En la cocina, dos mujeres delgadas, de pelo gris, estaban fregando los cacharros, y una muchacha de pelo rubio pálido hacía viajes entre las dos habitaciones. Pero se veía claramente que esas mujeres no eran sino pinches. La señora Ross era indudablemente la reina de la cocina.

—Me alegro de que le haya gustado, señor —dijo con gracia.

—¡Gustado! —exclamó Hércules Poirot. Con un gesto extranjero muy extravagante, se llevó la mano a los labios, la besó y lanzó un beso al techo —. ¡ Pero si es usted un genio, señora Ross! ¡ Un genio! ¡Nunca había saboreado una comida tan maravillosa! La sopa de ostras... —hizo un ruido expresivo con los labios—, y el relleno... El relleno de castañas del pavo no puede igualarse.

—Vaya, me sorprende que diga eso, señor—respondió la señora Ross, halagada—. El relleno es una receta muy especial. Me la dio un *cheff* australiano con quien trabajé muchos años. Pero todo lo demás —añadió— no es más que buena cocina inglesa de tipo casero.

—¿Y existe algo mejor que eso? —preguntó Hércules Poirot.

—Vaya, es usted muy amable, señor. Claro que siendo usted un caballero extranjero puede que hubiera preferido el estilo continental. No es que no sepa hacer platos continentales también...

—¡Estoy seguro, señora Ross, de que usted sabe hacer lo que sea! Pero debe usted saber que la cocina inglesa, la *buena* cocina inglesa, no lo que le dan a uno en los hoteles y restaurantes de segunda categoría, es muy apreciada por los *gourmets* del continente y creo que no me equivoco al decir que a principios del siglo XVIII vino a Londres una misión especial y que esta misión mandó a Francia un informe sobre las excelencias de los *puddings* ingleses. «En Francia no tenemos nada parecido», escribieron. «Vale la pena hacer el viaje a Londres sólo para probar la variedad y las excelencias de los *puddings* ingleses.» Y, por encima de todos los *puddings* —continuó Poirot lanzando una especie de rapsodia— está el *pudding* de ciruelas de Navidad como el que hemos comido hoy. Era un *pudding* hecho en casa, ¿verdad? No comprado, hecho, quiero decir.

—Sí, señor; hecho en casa. Hecho por mí, con una receta mía, tal como lo llevo haciendo desde hace muchos años. Cuando vine, la señora Lacey dijo que encargaría un *pudding* a una tienda de Londres para ahorrarme trabajo. Pero yo le dije: «No, señora, se lo agradezco mucho, pero no hay *pudding* de tienda que pueda compararse con el hecho en casa.» Claro —dijo después la señora Ross, animándose con el tema, como una artista que era—, que fue hecho demasiado cerca del día. Un *pudding* de Navidad como es debido tenía que ser hecho con varias semanas de anticipación y dejarlo descansar. Cuanto más tiempo se conservan, siempre dentro de lo razonable, mejor están. Me acuerdo ahora de que cuando era niña estábamos esperando que en la iglesia, en determinado domingo, se recitase cierta oración, porque esa oración era, como si dijéramos, la señal de que había que hacer los *puddings* aquella semana. Y siempre los hacíamos. Oíamos la oración del domingo y aquella semana era seguro que mi madre hacía los *puddings* de Navidad. Y aquí, este año, debía haber sido lo mismo. Pero no se hizo hasta tres días antes, la víspera de llegar usted, señor. Ahora que, en lo demás, seguí con la costumbre antigua. Todos los de la casa tuvieron que venir a la cocina a batir una vez y pedir una cosa. Es una vieja costumbre, señor, y la he conservado.

—Sumamente interesante —dijo Hércules Poirot—. Sumamente interesante. ¿De modo que todos vinieron a la cocina?

—Sí, señor. Los señoritos más jóvenes, la señorita Bridget, el caballero de Londres que ha venido a pasar las fiestas, su hermana, el señorito David

y la señorita Diana..., la señora Middleton, mejor dicho... Todos le dieron una vuelta al *pudding*.

—¿Cuántos *puddings* hizo usted? ¿Fue éste el único que hizo?

—No, señor. Hice cuatro. Dos grandes y dos más pequeños. El otro grande pensaba ponerlo el día de Año Nuevo y los dos más pequeños para el coronel y la señora Lacey cuando estén, como quien dice, solos, sin tanta familia.

—Comprendo, comprendo.

—En realidad, señor —continuó la señora Ross—, el que comieron ustedes hoy no era el que estaba dispuesto.

—¿Que no era el que estaba dispuesto? —Poirot frunció el entrecejo— ¿Cómo es eso?

—Pues verá, señor. Tenemos un molde grande para Navidad. Un molde de porcelana, con un dibujo de acebo y de muérdago en la parte de arriba, y siempre cocemos el *pudding* del día de Navidad en ese molde. Pero nos ocurrió una desgracia. Esta mañana, cuando Annie estaba bajándolo del estante de la despensa, resbaló y se le cayó el molde de la mano y se rompió. Como es natural, no podía ponerlo en la mesa. Podía tener dentro trocitos de porcelana. De modo que tuvimos que poner el otro, el del día de Año Nuevo, que estaba hecho en un molde sin dibujo. Sale de muy buen tamaño, pero no es tan decorativo como el molde de Navidad. La verdad es que no sé dónde vamos a encontrar otro molde como aquél. Ahora no hacen cosas de ese tamaño. Sólo hacen cositas como de juguete. Si ni siquiera puede uno comprar un plato de desayuno como es debido, donde quepan de ocho a diez huevos y el tocino. ¡Ah, las cosas no son como eran!

—No, es verdad —dijo Poirot—. Pero hoy no ha sido así. Este día de Navidad ha sido como los antiguos, ¿no es cierto?

—Me alegra oírselo decir, señor, pero no tengo la *ayuda* que solía tener. No tengo gente eficiente. Las chicas de ahora —bajó ligeramente la voz— tienen muy buena intención y muy buena voluntad, pero no tienen *preparación*, señor; no sé si me entiende.

—Sí, los tiempos cambian —dijo Hércules Poirot—. A mí también me da pena algunas veces.

—Esta casa, señor, es demasiado grande para los señores —explicó la señora Ross—. La señora bien se da cuenta. El vivir en una esquina como

hacen ellos no es lo mismo. Sólo viven, como si dijéramos, por Navidad, cuando vienen todos los de la familia.

—Creo que es la primera vez que ese señor Lee-Wortley y su hermana han venido aquí, ¿no?

La voz de la señora Ross se hizo entonces un poco reservada.

—Sí, señor. Un caballero muy agradable, pero... vaya, no parece un amigo muy apropiado para la señorita Sarah, según nuestras ideas. ¡Claro que en Londres hay otras costumbres! Es una pena que su hermana esté tan mal de salud. Le han hecho una operación. El primer día que estuvo aquí parecía que estaba bien, pero aquel mismo día, después de batir los *puddings*, se volvió a poner mala y desde entonces ha estado siempre en la cama. ¡Seguro que se habrá levantado demasiado pronto, después de la operación! ¡Ay, estos médicos de ahora le echan a uno del hospital cuando casi no puede uno sostenerse en pie! La mujer de mi sobrino...

Y la señora Ross se metió en una larga y animada relación del tratamiento recibido por sus parientes en los hospitales, comparándolo desfavorablemente con la consideración que habían tenido con ellos en otros tiempos.

Poirot hizo los oportunos comentarios de condolencia.

—Sólo me queda —dijo— darle las gracias por esta exquisita y suculenta comida. ¿Me permite una pequeña muestra de mi agradecimiento?

Un billete nuevo de cinco libras pasó de su mano a la de la señora Ross, que dijo por pura fórmula:

—No debía usted hacer *esto*, señor.

—Insisto. Insisto.

—Bueno, señor, pues muchas gracias —La señora Ross aceptó el tributo como homenaje merecido—. Le deseo, señor, unas felices Pascuas y próspero Año Nuevo.

OceanofPDF.com

CAPITULO V

EL final del día de Navidad fue muy parecido al final de la mayoría de los días de Navidad. Se encendió el árbol y a la hora del té se sirvió una espléndida tarta de Navidad, que fue recibida con elogios, pero de la que se comió moderadamente. A última hora se sirvió una cena fría.

Poirot y sus anfitriones se fueron temprano a la cama.

—Buenas noches, monsieur Poirot —dijo la señora Lacey—. Espero que se haya divertido.

—Ha sido un día maravilloso, señora. Maravilloso.

—Parece que está usted muy pensativo —añadió la señora Lacey.

—Estoy pensando en el *pudding* de Navidad.

—¿A lo mejor lo encontró usted un poco pesado? —preguntó la dama con delicadeza.

—No, no. No hablo gastronómicamente. Estoy pensando en su significado.

—Desde luego, es una tradición —dijo la señora Lacey—. Bueno, buenas noches, monsieur Poirot, y no sueñe demasiado con *puddings* de Navidad y empanadas de frutas secas.

—Sí —murmuró Poirot para sí, mientras se desnudaba—. Ese *pudding* es un problema. Hay algo aquí que no comprendo en absoluto —meneó la cabeza con irritación—. Bueno, ya veremos.

Después de algunos preparativos, Poirot se acostó, pero no se durmió.

Unas dos horas más tarde, su paciencia fue recompensada. La puerta de su dormitorio se abrió muy suavemente. Sonrió para sí. Estaba sucediendo lo que él esperaba que sucediera. Recordó fugazmente la taza de café que Desmond Lee-Wortley le había ofrecido con tanta cortesía. Poco después, aprovechando que Desmond estaba de espaldas, Poirot había dejado la taza unos segundos sobre la mesa. Luego, al parecer, había vuelto a cogerla y Desmond había tenido la satisfacción de verle beber hasta la última gota de café. Una sonrisita subió al bigote de Poirot al pensar que no era él, sino otra persona, quien estaba durmiendo profundamente aquella noche.

«David, ese joven tan agradable —se dijo Poirot— está muy preocupado, es desgraciado. No le vendrá mal dormir bien de verdad una noche. Y ahora vamos a ver qué pasa.»

Se quedó muy quieto, respirando rítmicamente y lanzando de cuando en cuando un ronquido ligero, ligerísimo.

La puerta se entornó.

Una persona se acercó a su cama y se inclinó sobre él. Satisfecha, esa persona se volvió y se dirigió hacia el tocador. A la luz de una linterna pequeñísima, el visitante examinaba los objetos personales de Poirot, colocados ordenadamente sobre el tocador. Los dedos examinaron la cartera, abrieron con suavidad los cajones y continuaron después la búsqueda por los bolsillos de la ropa de Poirot. Por último, el visitante se acercó a la cama y, con mucha precaución, deslizó la mano bajo la almohada. Retiró la mano y permaneció un momento como si no supiera qué hacer a continuación. Anduvo por la habitación, mirando dentro de los objetos de adorno, y se dirigió al cuarto de baño contiguo, de donde regresó poco después. Luego, lanzando una débil exclamación de descontento, salió de la habitación.

—¡Ah! —susurró Poirot—. Te has llevado una desilusión. Sí, sí, una desilusión muy grande. ¡Bah! ¿Cómo pudiste imaginar siquiera que Poirot iba a esconder algo donde tú pudieras encontrarlo?

Luego, dándose la vuelta sobre el otro lado, se durmió plácidamente.

A la mañana siguiente le despertaron unos golpecitos suaves, pero urgentes, dados en su puerta.

—*Qui est la?* Pase, pase.

La puerta se abrió. Colin estaba en el umbral, jadeando y con el rostro encendido. Detrás de él se hallaba Michael.

—¡Monsieur Poirot, monsieur Poirot!

—¿Sí? —Poirot se sentó en la cama—. ¿Es el té de la primera hora? Pero si eres tú, Colin. ¿Qué ha ocurrido?

Colin quedó sin habla durante un momento. Parecía hallarse dominado por una emoción muy fuerte. En realidad, era el gorro de dormir que tenía puesto Hércules Poirot lo que le afectaba los órganos de la palabra. Se dominó pronto y dijo:

—Creo..., monsieur Poirot... ¿Podría usted ayudarnos? Ha ocurrido una cosa horrible.

—¿Qué ha ocurrido algo? Pero, ¿qué?

—Es... es Bridget. Está ahí fuera, en la nieve. Creo que... no se mueve ni habla y... será mejor que venga y lo vea por sí mismo. Tengo un miedo

terrible de que... de que esté *muerta.*

—¿Qué? —Poirot echó a un lado la ropa de la cama—. ¡Mademoiselle Bridget... muerta!

—Creo que... creo que la han asesinado. Hay... hay sangre y... ¡ay, venga, venga, por favor!

—Naturalmente. Naturalmente. Voy en seguida.

Poirot metió los pies en los zapatos y se puso un abrigo de forro de piel sobre el pijama.

—Voy —dijo—. Voy al momento. ¿Habéis despertado a la familia?

—No, no. No se lo he dicho a nadie todavía más que a usted. Me pareció mejor. Los abuelos no se han levantado todavía. Están poniendo la mesa para el desayuno abajo; pero no le he dicho nada a Peverell. Ella... Bridget está al otro lado de la casa, cerca de la terraza y de la ventana de la biblioteca.

—¡Ah! Id delante. Yo os sigo.

Volviendo la cara hacia otro lado para ocultar su sonrisa satisfecha, Colin bajó las escaleras delante de los demás. Salieron por la puerta lateral. Era una mañana clara y el sol todavía no estaba muy alto. Había nevado mucho durante la noche y todo estaba cubierto por una alfombra ininterrumpida de espesa nieve. El mundo parecía muy puro, blanco y hermoso.

—¡Allí! —dijo Colin conteniendo la respiración—. ¡Allí es!

Señaló dramáticamente con el dedo.

La escena era de lo más dramática. A unos metros de distancia, yacía Bridget sobre la nieve. Llevaba puesto un pijama rojo y una estola de lana blanca alrededor de los hombros. La estola blanca estaba manchada de rojo. Tenía la cabeza vuelta hacia un lado y oculta bajo la masa extendida de sus cabellos negros. Uno de los brazos estaba debajo del cuerpo y el otro extendido, con los dedos apretados.

Del centro de la mancha carmesí sobresalía el puño de un cuchillo curdo que el coronel Lacey había mostrado a sus invitados la noche anterior.

—*Mon Dieu!* —dijo Poirot—. ¡Parece de teatro!

Michael hizo un pequeño ruido, como si se asfixiara. Colin acudió inmediatamente en su ayuda.

—Es cierto —dijo—. Tiene algo que no... parece *real,* ¿verdad? ¿Ve usted esas pisadas? Supongo que no podremos tocarlas...

—Ah, sí; las pisadas. No, tenemos que tener cuidado de no tocar esas pisadas.

—Eso es lo que yo pensé —dijo Colin—. Por eso no he dejado que nadie se acercara hasta que viniera usted. Pensé que usted sabría lo que había de hacer.

—De todos modos —repuso Poirot vivamente— primero tenemos que ver si está viva. ¿No es cierto?

—Bueno..., sí..., claro —respondió Michael, un poco indeciso—, pero pensamos que... no queríamos...

—¡Ah, posees la virtud de la prudencia! Has leído muchas novelas policíacas. Es importantísimo no tocar nada y dejar el cadáver como está. Pero no tenemos la seguridad de que *haya* un cadáver, ¿no crees? Después de todo, aunque la prudencia es admirable, los sentimientos humanitarios deben prevalecer. Tenemos que pensar en el médico antes que en la policía.

—Sí, sí. Claro —dijo Colin, todavía un poco desconcertado.

—Creíamos que..., pensamos que era mejor que fuéramos a buscarle a usted antes de hacer nada —Intervino Michael rápidamente.

—Quedaos aquí los dos —les advirtió Poirot—. Yo me acercaré por el otro lado para no tocar esas pisadas. Unas pisadas tan estupendas, tan sumamente claras... Las pisadas de un hombre y de una muchacha que se dirigen juntas al lugar donde está ella. Luego las pisadas del hombre vuelven..., pero las de la muchacha no.

—Tienen que ser las pisadas del asesino —sugirió Colin, conteniendo la respiración.

—Exactamente —dijo Poirot—. Las pisadas del asesino. Un pie largo y estrecho, con un zapato bastante raro. Muy interesante. Creo que serán fáciles de identificar. Sí, esas pisadas van a ser muy importantes.

En aquel momento, Desmond Lee-Wortley salía con Sarah de la casa y se acercó a ellos.

—Pero, ¿qué están haciendo ahí todos ustedes? —preguntó en actitud un poco teatral—. Les vi desde la ventana de mi cuarto. ¿Qué pasa? Dios mío, ¿qué es eso? Pa... parece...

—Exactamente —le interrumpió Poirot—. Parece un asesinato, ¿verdad?

Sarah dejó escapar un sonido entrecortado y luego miró a los dos chicos con gran desconfianza.

—¿Quiere usted decir que han matado a... cómo se llama..., a Bridget? —preguntó Desmond—. ¿Quién diablos iba a querer matarla? ¡Es increíble!

—Hay muchas cosas que son increíbles —dijo Poirot—. Sobre todo antes del desayuno, ¿no? Eso dice uno de sus clásicos. Seis cosas imposibles antes del desayuno —añadió—. Por favor, esperen juntos aquí todos.

Cuidadosamente, dando un rodeo, se acercó a Bridget y se inclinó un momento sobre el cadáver. Colin y Michael estaban temblando con los esfuerzos por contener la risa. Sarah se acercó a ellos y murmuró:

—¿Qué habéis estado haciendo hasta ahora vosotros dos?

—Hay que ver a Bridget —susurró Colin—. Es estupenda. ¡Ni un parpadeo!

—Nunca he visto nada con tanto aspecto de muerte como Bridget —susurró Michael.

Hércules Poirot se enderezó de nuevo.

—Es terrible —dijo. Y en su voz se apreciaba una emoción que antes no existía.

Sin poder contenerse la risa, Michael y Colin se dieron la vuelta.

Con voz estrangulada, Michael dijo:

—¿Qué... qué hacemos?

—Sólo hay una cosa que podamos hacer —dijo Poirot—. Hay que llamar a la policía. ¿Va a llamar uno de ustedes o prefieren que lo haga yo?

—Creo —dijo Colin—, creo..., ¿qué te parece, Michael?

—Sí —respondió Michael—. Creo que ya está bien la broma.

Dio un paso al frente. Por primera vez, parecía un poco inseguro.

—Lo siento muchísimo —empezó a decir—. Espero que no lo tome demasiado a mal. Humm..., todo... todo fue una especie de broma de Navidad. Se nos ocurrió... bueno, prepararle un asesinato.

—¿Se os ocurrió prepararme un asesinato? Entonces esto... entonces esto...

—Es una escena que preparamos nosotros —explicó Colin— para... bueno... para que se sintiera usted a gusto.

—¡Ah! —exclamó Poirot—. Comprendo. Me habéis dado una inocentada. Pero hoy es veintiséis de diciembre y el Día de los Inocentes es dos días después, el veintiocho.

—No debíamos haberlo hecho —dijo Colin—. pero..., ¿no está usted muy enfadado, verdad, monsieur Poirot? Vamos, Bridget —gritó—, levántate. Debes estar ya medio helada.

La figura echada en la nieve no se movió.

—Es extraño —dijo Hércules Poirot—, parece que no te ha oído —les miró pensativo—. ¿Dices que es una broma? ¿Estáis bien seguros que es una broma?

—Sí, claro que sí —aseguró Colin, incómodo—. No... no queríamos hacer daño a nadie.

—Pero entonces, ¿por qué no se levanta mademoiselle Bridget?

—No tengo ni idea —dijo Colin.

—Vamos, Bridget —gritó Sarah, impaciente—. Déjate de hacer el idiota, ahí tirada.

—De verdad, monsieur Poirot, lo sentimos muchísimo —Colin hablaba con aprensión—. Le pedimos mil perdones.

—No tenéis por qué —repuso Poirot con voz extraña.

—¿Qué quiere decir? —Colin le miró fijamente. Luego se volvió hacia Bridget—. ¡Bridget! ¡Bridget! ¿Qué pasa? ¿Por qué no se levanta? ¿Por qué sigue ahí tirada?

Poirot hizo una seña a Desmond.

—Usted, señor Lee-Wortley. Venga aquí.

Desmond acudió a su lado.

—Tómele el pulso —le ordenó Poirot.

Desmond Lee-Wortley se inclinó. Tocó el brazo, la muñeca.

—No tiene pulso... —se quedó mirando a Poirot—. El brazo está rígido. ¡Dios santo, está muerta de verdad! ¡Está muerta!

Poirot asintió con un movimiento de cabez*a.*

—Sí, está muerta —dijo—. Alguien ha convertido la comedia en tragedia.

—Alguien..., ¿quién?

—Hay una serie de pisadas que se acercan aquí y luego se alejan. Una serie de pisadas que se parecen muchísimo a las pisadas que acaba usted de hacer, señor Lee-Wortley, al venir desde el camino.

Desmond Lee-Wortley giró en redondo.

—¿Qué diablos...? ¿Está usted acusándome a mí? ¿A mí? ¡Está usted loco! ¿Por qué diablos iba yo a querer matar a la chica?

—Ah... ¿por qué? No lo sé... Vamos a ver.

Se inclinó, muy suavemente, apartó los dedos contraídos de la chica. Desmond contuvo el aliento. En sus ojos había una expresión de incredulidad. En la palma de la mano de la muerta había algo que parecía un gran rubí.

—¡Es aquella maldita cosa que estaba en el *pudding*! —gritó.

—¿Sí? —dijo Poirot—. ¿Está usted seguro?

—Claro que lo estoy.

Con un movimiento rápido, Desmond se inclinó y arrancó la piedra roja de la mano de Bridget.

—No debía haber hecho eso —dijo Poirot en tono de reproche—. Tenía que dejarse todo como estaba.

—No he tocado el cadáver. Pero esto podía... podía perderse y es una prueba. Lo que hay que hacer es avisar a la policía lo antes posible. Voy en seguida a telefonear.

Giró en redondo y corrió en dirección a la casa. Sarah acudió vivamente al lado de Poirot.

—No comprendo—susurró—. ¿Qué quería usted decir con... con eso de las pisadas?

—Véalo usted por sí misma, mademoiselle.

Las pisadas que se acercaban y se alejaban del cadáver eran iguales a las que Lee-Wortley acababa de hacer.

—¿Quiere usted decir... que fue Desmond? ¡Es absurdo!

De pronto, a través del aire puro llegó el ruido de un coche. Se volvieron y vieron que un coche bajaba la avenida a velocidad vertiginosa. Sarah reconoció el coche.

—Es Desmond —dijo—. Es el coche de Desmond. Debe... debe haber ido a buscar a la policía en lugar de telefonear.

Diana Middleton salió corriendo de la casa y se reunió con ellos.

—¿Qué ha pasado? —exclamó jadeante--. Desmond entró corriendo en la casa. Dijo no sé qué de que habían asesinado a Bridget y luego quiso llamar por teléfono, pero estaba estropeado. No consiguió comunicar. Dijo que debían haber cortado los hilos y que lo único que se podía hacer era coger un coche e ir inmediatamente a buscar a la policía. Porque la policía...

Poirot hizo un gesto.

—¿Bridget? —Diana se quedó mirándole—. Pero..., ¿seguro que no es broma o algo por el estilo? He oído algo... anoche... Creí que iban a jugarle a usted una broma, monsieur Poirot.

—Sí —dijo Poirot—, ése era el plan, jugarme una broma. Pero vamos a la casa, vamos todos. Aquí nos vamos a morir de frío y no se puede hacer nada hasta que el señor Lee-Wortley vuelva con la policía.

—Pero, oiga —suplicó Colin—, no podemos..., no podemos dejar a Bridget aquí sola.

—No puedes hacer nada por ella con quedarte —respondió Poirot suavemente—. Vamos; es una tragedia, una gran tragedia, pero no podemos hacer nada por ayudar a mademoiselle Bridget. De modo que vamos a calentarnos y a tomar una taza de té o café.

Le siguieron obedientemente a la casa. Peverell iba a tocar el batintín en aquel momento. Si le pareció extraordinario que casi todo el mundo viniera de fuera y que Poirot se presentara en pijama por debajo del abrigo, no mostró el menor asombro. Peverell, a pesar de sus años, seguía siendo el perfecto mayordomo. Sólo veía lo que le pedían que viera. Se dirigieron al comedor y se sentaron. Cuando todos tuvieron ante ellos una taza de café, Poirot empezó a hablar.

—Tengo que contarles una pequeña historia —exclamó—. No puedo darles todos los detalles, eso no. Pero puedo contarles lo principal. Trata de un joven príncipe que vino a este país. Trajo consigo una joya famosa, para montarla de nuevo para la dama con quien iba a casarse, pero, por desgracia, primero hizo amistad con una señorita muy bonita. A esta señorita no le gustaba mucho el hombre, pero sí le gustaba la joya... tanto, que un día desapareció con esta prenda, que había pertenecido a la familia del príncipe a través de muchas generaciones. El pobre joven, como ven ustedes, se encuentra en un aprieto. Por encima de todo tiene que evitar el escándalo. Imposible acudir a la policía. Entonces acude a mí, Hércules Poirot. «Recupéreme mi histórico rubí», me dice. *Eh bien*!, la señorita tiene un amigo, y el amigo ha hecho negocios muy dudosos. Ha estado complicado en chantajes y en venta de joyas en el extranjero. Siempre ha sido muy hábil. Se sospecha de él, sí, pero no se le puede probar nada. Llega a mi conocimiento que este caballero tan hábil está pasando las Navidades en esta casa. Es importante que la bonita señorita, una vez conseguida la joya, desaparezca de la circulación por una temporada, para

que no puedan ejercer presión sobre ella, ni la puedan interrogar. Por lo tanto, se las arreglan de modo que venga a esta casa, a Kings Lacey, pasando ante los demás por hermana de nuestro hábil caballero...

Sarah contuvo la respiración.

—¡No puede ser! ¡No! ¡Aquí, conmigo!

—Pues así es —dijo Poirot—. Y, valiéndonos de una pequeña estratagema, se me invita a mí también a pasar las Navidades en Kings Lacey. Aquí, en la casa, dicen que la señorita acaba de salir del hospital. Está mucho mejor al llegar. Pero entonces se corre la voz de que voy a venir yo, un detective, un detective famoso. Y a la señorita, según el dicho popular, «no le llega la camisa al cuerpo». Esconde el rubí en el primer sitio que se le ocurre y luego sufre una recaída y se vuelve a la cama. No quiere que yo la vea, porque es seguro que tengo una fotografía de ella y que la reconocería. Es muy aburrido para ella, desde luego, pero tiene que quedarse en su habitación y su «hermano» le sube la comida.

—¿Y el rubí? —preguntó Michael.

—Creo —dijo Poirot— que en el momento en que se mencionó mi llegada, la señorita estaba en la cocina con los demás, riéndose, hablando y batiendo los *puddings* de Navidad. Meten los *puddings* en los moldes y la señorita esconde el rubí en uno de ellos, hundiéndolo bien. No en el que vamos a comer el día de Navidad. No, no; ése sabe ella que está en un molde especial. Lo pone en el otro, el que está destinado para el día de Año Nuevo. Antes de que llegase ese día podrá marcharse de aquí y al marcharse, el *pudding* aquél se iría con ella. Pero vean en qué forma interviene el Destino. El *pudding* de Navidad, dentro de su elegante molde, se cae al suelo de piedra y el molde se hace añicos. ¿Qué se podía hacer? La buena señora Ross coge el otro *pudding* y lo manda a la mesa.

—¡Qué barbaridad! —dijo Colin—. ¿Quiere usted decir que lo que tenía el abuelo en la boca el día de Navidad, cuando estaba comiendo el *pudding*, era un rubí de *verdad?*

—Exactamente —repuso Poirot—, y pueden ustedes imaginar el nerviosismo del señor Lee-Wortley al ver aquello. *Eh bien,* ¿qué ocurre entonces? El rubí va pasando de mano en mano, alrededor de la mesa. Al examinarlo yo, me las arreglo para deslizarlo disimuladamente en un bolsillo. Con indiferencia, como si no me interesara la piedra. Pero una persona por lo menos vio lo que yo había hecho. Estando yo en cama, esa

persona registra mi habitación. Me registra a mí. Pero no encuentra el rubí. ¿Por qué?

—Porque —dijo Michael, conteniendo la respiración— se lo había dado usted a Bridget. Es lo que está usted queriéndonos decir. Y fue por eso por lo que..., pero no comprendo bien. Oiga, ¿qué es lo que ocurrió de verdad?

Poirot le sonrió.

—Vamos a la biblioteca —dijo—, miren por la ventana y les mostraré algo que puede que explique el misterio.

Abrió la marcha y los demás le siguieron.

—Contemplen de nuevo la escena del crimen —les invitó Poirot.

Señaló con el dedo por la ventana. De todos los labios salieron sonidos entrecortados. No había ningún cadáver sobre la nieve; no quedaba ninguna huella de la tragedia, a excepción de una buena masa de nieve revuelta.

—No habrá sido un sueño, ¿verdad? —preguntó Colin en voz muy baja —. ¿Se... se han llevado el cadáver?

—¡Ah! —repuso Poirot—. Ahí lo tienes: «El misterio del cadáver desaparecido.»

Hizo un movimiento con la cabeza y sus ojos chispearon.

—¡Dios mío! —exclamó Michael—. Monsieur Poirot, está usted..., no habrá usted..., ¡pero si nos está tomando el pelo a todos!

Los ojos de Poirot chispearon aún más.

—Es cierto, hijo mío, yo también he preparado una contratreta. ¡Ah, *voilá,* mademoiselle Bridget! ¿Espero que no te habrá hecho daño el estar tumbada en la nieve? No me perdonaría nunca si cogieras *une fluxión de poitrine.*

Bridget acababa de entrar en la habitación. Llevaba una falda gruesa y un jersey de lana. Estaba riéndose.

—He hecho que te subieran una *tisane* a tu habitación —dijo Poirot con severidad—. ¿Te la has tomado?

—¡Un sorbito me bastó! —dijo Bridget—. Estoy muy bien. ¿Lo he hecho bien, monsieur Poirot? ¡Qué horror, todavía me duele el brazo del torniquete que me hizo usted poner!

—Estuviste espléndida, hija mía —dijo Poirot—. Espléndida. Pero oye, todos los demás siguen en ayunas. Anoche fui a hablar con mademoiselle Bridget. Le dije que estaba enterado de su pequeño *complot* y le pregunté si

estaba dispuesta a interpretar un pequeño papel. Lo hizo muy bien. Marcó las pisadas con un par de zapatos del señor Lee-Wortley.

Sarah dijo con voz áspera:

—Pero, ¿a qué viene todo eso, monsieur Poirot? ¿A qué viene mandar a Desmond a buscar a la policía? Se pondrá furioso cuando vea que todo era un engaño.

Poirot meneó la cabeza suavemente.

—Es que yo no creo ni por un instante que el señor Lee-Wortley haya ido a buscar a la policía, mademoiselle —dijo—. El señor Lee-Wortley no quiere verse mezclado en asesinatos. Perdió la cabeza por completo, Lo único que vio fue la oportunidad de coger el rubí. Lo cogió, fingió que el teléfono estaba estropeado y salió corriendo con el coche, pretendiendo que iba a buscar a la policía. En mi opinión, no le va a volver usted a ver por una temporada. Tengo entendido que tiene su sistema para salir de Inglaterra. Tiene avión propio, ¿no es así, mademoiselle?

Sarah asintió con la cabeza..

—Sí —dijo—. Estábamos pensando en...

Se calló.

—Quería que se fugara usted con él por ese medio, ¿no es cierto? *Eh bien*, es un sistema muy bueno para sacar una joya del país. Cuando un hombre se fuga con una chica y se da publicidad al hecho, no se sospecha que el hombre esté al mismo tiempo sacando del país, de contrabando, una joya histórica. Ya lo creo; hubiera sido un buen camuflaje.

—No lo creo —repuso Sarah—. ¡No creo ni una palabra de todo eso!

—Pregúntele entonces a su hermana —sugirió Poirot, haciendo una indicación con la cabeza.

Sarah se volvió rápidamente.

Una rubia platino estaba de pie en el umbral. Llevaba puesto un abrigo de piel y miraba con ceño. Se veía que estaba furiosa.

—¡Qué hermana ni qué narices! —exclamó soltando una risita desagradable—. ¡Ese canalla no es hermano mío! ¿De modo que se ha largado y me ha dejado a mí con el muerto? ¡Todo fue idea suya! ¡*Él* fue el que me metió en esto! Dijo que era tirado. Nunca nos denunciarían, por miedo al escándalo. En último caso, podía amenazar con decir que Alí me había regalado la joya. Desmond y yo nos íbamos a repartir el dinero en París y ahora el muy canalla me deja plantada. ¡Le mataría! —cambió

bruscamente de tema—. Cuanto antes salga de aquí... ¿Puede alguno de ustedes pedirme un taxi?

—Hay un coche esperando en la puerta principal, para llevarla a usted a la estación, mademoiselle —dijo Poirot.

—Está usted en todo, ¿eh?

—En casi todo —corrigió Poirot, visiblemente complacido.

Pero Poirot no iba a salir del paso tan fácilmente. Cuando volvió al comedor, después de ayudar a la falsa señorita Lee-Wortley a subir al coche, Colin estaba esperándole.

Su cara juvenil mostraba una expresión preocupada.

—Pero, oiga, monsieur Poirot. *¿Qué ha pasado con el rubí?* ¿Nos quiere hacer creer que dejó que se escapara con él?

Poirot puso una cara muy triste. Se atusó los bigotes. Parecía estar incómodo.

—Todavía lo recuperaré —dijo débilmente—. Hay otros medios. Todavía...

—¡Vamos! —exclamó Michael—. ¡Dejar que ese canalla se marche con el rubí!

Bridget fue más aguda.

—Está otra vez tomándonos el pelo —sugirió—. ¿Verdad que sí, monsieur Poirot?

—¿Hacemos un último truquillo? Mira en mi bolsillo de la izquierda.

Bridget metió la mano en el bolsillo. Dando un grito de triunfo la volvió a sacar y sostuvo en lo alto un gran rubí resplandeciente.

—¿Entendéis ahora? —explicó Poirot—. El que agarrabas tú con la mano era una imitación. Lo traje de Londres por si era necesario hacer una sustitución. ¿Comprendéis? No queremos escándalo. Monsieur Desmond tratará de desembarazarse del rubí en París, en Bélgica o donde tenga sus cómplices, ¡y entonces se descubrirá que la piedra no es auténtica! ¿Qué mejor solución? Todo termina bien. Se evita el escándalo; mi joven príncipe recupera su rubí, vuelve a su país, se casa y esperemos que sea muy feliz. Todo termina bien.

—Menos para mí —murmuró Sarah para sí.

Lo dijo en voz tan baja, que sólo Poirot lo oyó. El detective meneó la cabeza suavemente.

—Se equivoca usted al decir eso, mademoiselle Sarah. Ha ganado usted experiencia. Toda experiencia es valiosa. Le profetizo que le espera una vida de completa felicidad.

—Eso lo dice *usted* —dijo Sarah.

—Pero oiga, monsieur Poirot —Colin tenía el entrecejo fruncido—. ¿Cómo se enteró usted de la comedia que íbamos a representar?

—Mi profesión consiste en enterarme de las cosas —repuso Hércules Poirot, retorciéndose el bigote.

—Sí, pero no veo cómo pudo enterarse. ¿Se chi... se lo dijo alguien?

—No, no; nadie me lo dijo.

—¿Entonces cómo? Díganoslo.

—No, no —protestó Poirot—. No, no. Si os digo cómo llegué a esa conclusión, no le vais a dar ninguna importancia. ¡Es como cuando un prestidigitador muestra cómo hace sus trucos!

—¡Díganoslo, monsieur Poirot! ¡Ande! ¡ Díganoslo, díganoslo!

—¿De verdad queréis que os resuelva este último misterio?

—Sí, ande. Díganoslo.

—¡Ay, creo que me es imposible! ¡ Os vais a llevar una desilusión tan grande!

—Vamos, monsieur Poirot, díganoslo. *¿Cómo se enteró usted?*

—Pues veréis. Estaba sentado el otro día en una butaca, junto a la ventana de la biblioteca, reposando después de tomar el té. Me quedé dormido y, cuando me desperté, estabais discutiendo vuestros planes por el lado de fuera de la ventana, muy cerca de mí, y la ventana estaba abierta.

—¿Eso es todo? —exclamó Colin, decepcionado— ¡Qué fácil!

—¿Verdad que sí? —dijo Hércules Poirot, sonriendo—. ¿Lo veis? *Estáis* decepcionados.

—Bueno —se consoló Michael—. Por lo menos ya lo sabemos todo.

—¿Sí? —murmuró Poirot, como para sí—. *Yo* no. *Yo,* que tengo que saber cosas, no lo sé todo.

Salió al vestíbulo, meneando ligeramente la cabeza. Quizá por vigésima vez, sacó del bolsillo un trozo de papel bastante sucio. «No coma nada del *pudding* de ciruelas. Una que le quiere bien.»

Hércules Poirot meneó la cabeza en actitud pensativa. Él, que podía explicarlo todo, ¡no podía explicar aquello! Era humillante. ¿Quién lo había escrito? *¿Por qué* lo había escrito? Hasta que lo averiguara, no tendría un

momento de tranquilidad. De pronto salió de su ensimismamiento y percibió un extraño sonido entrecortado. Bajó vivamente la vista. En el suelo, atareada con un aspirador de polvo y un cepillo, estaba una criatura de pelo rubio muy pálido, con una bata de flores. Miraba fijamente el papel, con unos ojos muy grandes y muy redondos.

—¡Ay, señor! —-dijo esta aparición—. ¡Ay, señor! ¡*Por favor,* señor!

—¿Y usted quién es, *mon enfant?* —preguntó Poirot alegremente.

—Annie Bates, señor, para servirle. Vengo a ayudar a la señora Ross. No quería, señor, no quería hacer... hacer nada que no debiera hacer. Lo hice por su bien, señor. Por su bien.

En el cerebro de Poirot se hizo la luz. Extendió el brazo que sostenía el sucio trozo de papel.

—¿Escribió usted esto, Annie?

—No quería hacer ningún daño, señor. De verdad que no.

—Claro que no, Annie —Poirot le sonrió—. Pero cuénteme. ¿Por qué escribió usted eso?

—Pues, señor, fueron esos dos. El señor Lee-Wortley y su hermana. Claro que no era su hermana, estoy segura. ¡Ninguna de nosotras lo creyó! Y no estaba nada enferma. *Todas* nos dimos cuenta. Pensamos... pensamos todas, que allí había algo raro. Se lo voy a decir en dos palabras, señor. Estaba yo en el baño de ella, poniendo las toallas limpias, y escuché en la puerta. *Él* estaba en la habitación de ella y estaban hablando. Oí lo que decían como le oigo ahora a usted. «Ese detective», estaba diciendo él, «ese tal Poirot que va a venir. Tenemos que hacer algo. Tenemos que quitarle de en medio lo antes posible.» Y entonces él, de un modo desagradable y siniestro, bajando la voz, le dijo: «Dime, ¿dónde lo has puesto?» Y ella le contestó: «En el *pudding.» Ay,* señor, el corazón me dio un salto tan grande que creí que nunca más me iba a volver a latir. Creí que querían envenenarle con el *pudding.* ¡No sabía lo que hacer! La señora Ross no se para a escuchar a las de mi condición. Entonces se me vino a la cabeza la idea de escribirle un aviso. Y lo escribí y se lo puse en la almohada, para que lo viera al ir a acostarse.

Annie se calló sin aliento. Poirot la observó gravemente durante unos momentos.

—Me parece, Annie, que ve usted demasiadas películas sensacionalistas —dijo por último—. ¿O es la televisión la que la afecta? Pero lo importante

es que tiene usted buen corazón y cierto ingenio. Cuando vuelva a Londres le mandaré a usted, un regalo.

—Ay, gracias, señor. Muchas gracias, señor.

—¿Qué quiere usted que le regale, Annie?

—Cualquier cosa que quiera el señor. ¿Puedo pedir cualquier cosa?

—Dentro de unos límites razonables, sí—repuso Hércules Poirot con prudencia.

—Ay, señor, ¿me podría regalar una polvera? Una polvera elegante, de esas que se cierran de golpe, como la que tenía la hermana del señor Lee-Wortley, que no era su hermana.

—Sí —concedió Poirot—. Sí. Creo que eso podrá arreglarse.

Quedó pensativo un instante y después musitó:

—Es interesante. Estaba el otro día en un museo, observando unos objetos de Babilonia o de uno de esos sitios, de hace miles de años, y entre ellos había unos estuches para cosméticos. El corazón de la mujer no cambia.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó con gran interés Annie.

—Nada —dijo Poirot—. Estaba reflexionando. Tendrá usted su polvera, hija mía.

—¡Ay, muchas gracias, señor! ¡Muchísimas gracias, señor!

Annie se alejó, extática. Poirot la miró, meneando la cabeza con satisfacción.

«¡Ah! —se dijo—. Ahora me voy. Ya no queda nada que hacer aquí.»

Un par de brazos le rodearon los hombros inesperadamente.

—Si se pone usted justo debajo del muérdago... —dijo Bridget.

Hércules Poirot se divirtió. Se divirtió muchísimo. Pasó unas Navidades estupendas.

---

[1] Especie de petardos, envueltos en papel de color y que contienen un pequeño regalo, como un sombrero de papel.

[2] Alusión a la creencia popular de que los que se besan debajo del muérdago se casan.

OceanofPDF.com